

La marcha por la paz

Algunas consideraciones

Jaime Augusto Shelley



PARACE INELUDIBLE TRATAR, para desprendernos de la basura mediática, el fondo de la ordenada y respetuosa manifestación que se dio de Cuernavaca a la ciudad de México, donde decenas de miles se adhirieron en la concentración del Zócalo —lugar emblemático que algunos han querido convertir en centro de fiestas anodinas, para desacralizar con circo, maroma y teatro su importancia cívica nacional. Se sigue la tradición de ir a protestar allí aunque ningún funcionario mayor del Gobierno Federal se encuentre ni remotamente cerca. Es el lugar, no las personas, lo que sigue importando. Corazón del país entero, su resonancia es la más significativa.

¿Qué fueron a reclamar esa multitud y sus seguidores? Si lo vemos de cerca, el grito de *¡Ya basta!* resulta de una vaguedad e imprecisión a todas luces sorprendente, dadas las condiciones sociales de hoy, que son consecuencia de una política general extremadamente deficiente: en lo político, en lo económico, en seguridad pública y en la abierta, flagrante corrupción, la insostenible desigualdad social y el horror desatado (según dicen, para salvaguardar a la población) por las Fuerzas Armadas y la Policía Federal, en gran parte de México.

Agregó el convocante a la manifestación, Javier Sicilia (dicen que para sorpresa de muchos que lo acompañaban), la solicitud inapelable del despido del secretario de Seguridad Pública, Genaro García Luna. Y para

terminar el acto, la petición de una audiencia pública con el señor Felipe Calderón.

Hablaron personas directamente afectadas por los crímenes, incluido Sicilia; expresaban su dolor y su impotencia ciudadana, su vehemente deseo de ver cambiar lo que a sus ojos eran *políticas equivocadas* para combatir a los delincuentes. Sí lanzaron, también es cierto, gritos de repudio contra Calderón, aunque fueron silenciados por los organizadores, quienes todo el tiempo buscaron mantener un nivel respetuoso y de carácter dialogante con las (ausentes) autoridades.

Me vinieron a la memoria aquellos pliegos petitorios de los estudiantes en el año 58 y luego en el 68. Se pedía entonces, entre otras cosas (por demás menores), la destitución del jefe de la policía (no recuerdo cuál, había tantas), al igual que ahora, como una muestra de la voluntad del gobierno para negociar.

Y me dio por imaginar que sí, que el señor en Los Pinos (de viaje por Nueva York en esos días) dijera que claro, que a él también ya lo tenía hasta la madre el ingeniero ese, tan mal encarado, y que lo correría de inmediato.

¿Triunfo de la movilización popular?

Muy bien.

Siguiente paso: ¿quién va suceder a García Luna?

Razonamiento: no puede ser alguien ajeno a la organización. Es importante que los trabajos no se vean interrumpidos. *Ergo*, un subordinado inmediato que puede ser interino (al fin que ya sólo quedan unos cuantos meses).

Y todo queda igual.

O podría atraerse a un general del ejército, con experiencia en *inteligencia*, hombre de todas las confianzas, que montaría una línea de mando paralela (ya que no les tendría confianza a los civiles). Y todo queda, con alguna que otra confusión, igual. Total, sería una comisión corta.

El problema con los movimientos reformistas es que, cuando alcanzan éxito, ello sirve para dejar las cosas igual.

El secretario de Seguridad Pública es sólo un secretario del gobernante en turno, de acuerdo con nuestra estructura presidencialista. No es un ministro a quien se le puedan atribuir decisiones propias. El



Fotografías: Alejandro Arteaga



secretario simplemente obedece instrucciones y podría ser que se equivocara en la manera como conduce un operativo, por lo que sería el que esté a la cabeza de ese gobierno quien deba decidir qué sanción administrarle y cómo reparar el daño. Así funciona nuestro sistema, copiado del estadounidense.

Da pena ajena ver cómo se trata a ciertos presidentes en México. Toda clase de burlas y adjetivos por demás ofensivos, tolerables si fueran contra un jefe de gobierno al que la población repudia. La desgracia es que aquí ese jefe de gobierno también es jefe de Estado, el cual representa la esencia de todo lo que es la *mexicanidad*, el portador único de la enseña patria y a quien se le deben rendir honores con el himno nacional en los actos públicos.

Resulta imposible reunir a los dos sujetos en un solo individuo. Hay que pensar en el sistema parlamentario para nuestro país, elegir una figura honorable e intachable para el puesto de presidente de la República y un primer ministro o jefe de gobierno a quien se pueda sacar a patadas cuando ya no responda adecuadamente a los intereses de la nación.

El reformismo nos ha probado, una y mil veces, que sólo refuerza el poder establecido. Un cambio de personas no resuelve nada. Es la estructura toda de esta sociedad, por demás enferma, la que debe cambiar. La libertad y la justicia no se piden, se conquistan.

Recordemos dos momentos memorables del reformismo en nuestra Historia:

1. En la fulminante campaña de Hidalgo y Allende el ejército insurgente se ve a las puertas de la ciudad de México frente a un ejército realista desmoralizado y de menor cuantía, con la perspectiva de un triunfo casi asegurado. Hidalgo entonces recula y abandona el sitio. Su temor a que la *indiada* pasara a cuchillo a los españoles fue de mayor peso que la conquista de la plaza. La Revolución de Independencia se prolongó, gracias a ello, por otros diez años, y todo quedó prácticamente igual: la misma estructura de poder, sólo que ahora en manos de los codiciosos criollos.

2. La toma de Ciudad Juárez por los ejércitos al mando de Orozco y Villa (en la primera revolución, la maderista) hace que Díaz, atento al apoyo que el movimiento “revolucionario” recibe de los gringos, considere renunciar, al comprender que su negativa a conceder privilegios ilimitados para la explotación petrolífera a las voraces empresas imperialistas significaría su inminente caída. Madero acepta las condiciones impuestas por el dictador para la transición, entre ellas dejar la estructura de poder intacta (lo que incluye al ejército), y ordena desbandar a los insurrectos, lo que es absolutamente ridículo. Madero está respondiendo a su condición de clase. Él sólo aspira al cambio de persona, al ver que la figura de Díaz ha dejado de ser



de utilidad. Poco después es asesinado, por resultar él mismo prescindible. Y todo sigue igual.

El planteamiento de la marcha por la paz fue, por así decirlo, en extremo mesurado, y será cooptado—más pronto que tarde— por el corrupto sistema en que vivimos, de una forma u otra.

¿Para qué desear el diálogo con un verdugo?

El mando supremo del ejército ya ha dicho que no cejará en el negocio de las armas y el terrorismo contra el “crimen organizado”, ése que se enfrenta al suyo propio.

¿Qué hacer? Es muy difícil imaginar siquiera la creación, en un plazo breve, de un frente cívico poderoso que destruya de raíz el largo, larguísimo sistema de explotación y manipulación social en el que vivimos inmersos todos los mexicanos. Puede tomar muchos años, siglos incluso, desterrar de nuestros hábitos y nuestra idiosincrasia el oportunismo y el miedo a pasar hambre, ejes de nuestra vida cotidiana.

Aparecen, aquí y allá, cada tantos años, movimientos originalmente bienintencionados, como pueden ser el ecologista, el feminista, de protección a los niños de la calle, de lucha contra el sida, etc. Se trata de disgregar a la gente, cada quien aferrado a su pequeño tema. La estrategia se empezó a aplicar en Estados Unidos, a partir de los movimientos juveniles del 68, con buenas dosis de rock y marihuana. La táctica tuvo buenos resultados y se difundió por el mundo.

Se derrumbaron en forma paralela el poder de los sindicatos, los movimientos de masas y la lucha por la paz. Hoy en día se combate en dos frentes de guerra de ocupación (y se perfila un tercero, en Libia). En Afganistán y en Irak, los jóvenes norteamericanos y no pocos migrantes mexicanos siguen muriendo, mientras que los espectáculos de las grandes estrellas del pop son cada día más disfrutados por un público ya completamente domesticado.

En verdad, hay un combate que sí deben librar todos los pueblos del planeta: acabar con la explotación del hombre por el hombre. El resto es y ha sido, a lo largo de los siglos, pura manipulación.

Se habla de que éste puede ser un movimiento que, siguiendo el modelo de López Obrador, recorra el país, convocando a una lucha por la vía pacífica, con miras a las elecciones del 2012.

¿Pueden los organizadores mantenerse libres de un contagio partidista? O, por el contrario, ¿asumirse ya como una estructura paralela que busque la elección de un candidato *del pueblo*, con una plataforma de carácter popular?

En los días que escribo esto, hay más preguntas que respuestas.

El tiempo dirá. 